

formó por completo, partiendo de la pequeña base iniciada por el Sr. Sanguino Michel; cronista de la ciudad de Cáceres; hombre bueno y sencillo, a D. Miguel le entró el hormiguillo cordobés con tal fuerza, que abandonó las tierras extremeñas: pero él sabe que aquí deja lo más fecundo de su labor y los más sinceros amigos. Por ello, al par que lamentamos sinceramente su marcha, le deseamos una feliz y larga estancia en su Córdoba natal, y estamos seguros de que él no nos olvidará y continuará colaborando con nosotros.

Nuestro ilustre paisano el insigne escultor D. Enrique Pérez Comendador, ha pasado unos días con nosotros aprovechando la ocasión de acompañar al artista francés Maurice Savin. Ello sirvió para patentizar a Pérez Comendador el afecto y la admiración que se le profesa; hizo unas declaraciones invitado por la dirección de la Emisora local de «radio», que luego vieron la luz en la prensa diaria, y fué obsequiado con una comida íntima por sus amigos. Pérez Comendador quedó muy complacido del ambiente cultural cacereño y marchó a su villa natal de Hervás, donde sus paisanos que le adoran le colmaron de atenciones.

También hemos saludado, durante su estancia de unas horas nada más, a nuestro gran pintor Solís Avila, jefe de la sección artística de «A.B.C.», que como todos los años ha venido a ponerse en contacto con su tierra y sus paisanos.

Según leemos en el «Diario de Avila», los intelectuales y elementos destacados de dicha capital, ofrecieron el día 24 del actual un banquete-homenaje al poeta y periodista D. Julio Acha Andrés, muy conocido en Cáceres, con motivo de haber sido nombrado Jefe Superior de Administración Civil, en reciente Consejo de Ministros. El inspirado poeta Enrique de Leyva, Fiscal de aquella Audiencia, ofreció el banquete en admirables versos estilo siglo XV, plenos de donaire y buen humor.

NOTAS NECROLOGICAS.

Habíamos ya mandado las cuartillas de la crónica agostea, desde el lugar donde transcurrían nuestras vacaciones estivales, cuando recibimos la infausta nueva de la muerte del laureado pintor, gloria extremeña, D. Adelardo Covarsí. «ALCANTARA» destacó en una página la no-

ticia, y en el número presente, dedica gran parte de su contenido como homenaje al gran artista cuya desaparición supone para Extremadura a más de un dolor profundo, un vacío difícil de llenar.

Una de las personalidades de más relieve en el campo de la enseñanza, D. Ignacio Suárez Somonte, el ilustre profesor emeritense, ha fallecido en la ciudad que le vió nacer. De origen humilde llegó por sus extraordinarios méritos a doctor en Ciencias y Director del Instituto del Cardenal Cisneros, en Madrid, alcanzando muchas condecoraciones nacionales y extranjeras como premio de su indiscutible valía. Fué sensacional su famoso texto de Geometría sin figuras, y desde el puesto de Director General de Primera Enseñanza realizó una labor eficientísima y de gran trascendencia por la creación y dotación de escuelas. Era hijo predilecto de Mérida y socio honorario del Liceo, y el Ayuntamiento declaró día de luto local el de la fecha del sepelio del gran matemático y profesor que ha sido uno de los grandes valores humanos que en este siglo han enaltecido a Extremadura.

CURIO O'XILLO

NOTA

No le fué admitida la dimisión a nuestro Director, D. Pedro Romero Mendoza.

Así lo acordó el pleno de esta Excelentísima Diputación Provincial.

A cuantas entidades y particulares se interesaron porque no fuese admitida dicha dimisión, nuestro más sincero reconocimiento.

Los Sres. Velo, Aguilar Alvarez, Jiménez Navarro, Delgado Fernández (M.) y Fernández Oxea, contertulios del café Gijón y hoy de *El Hogar Extremeño*, nos escribieron a su debido tiempo con el ruego de que hiciéramos constar en estas páginas que nada tenían que ver con el telegrama que ya conocen los lectores de «ALCANTARA».

Quedan complacidos nuestros comunicantes.

RECENSIONES

Francisco Pizarro debió apellidarse Díaz o Hinojosa, por Miguel Muñoz de San Pedro (Badajoz, 1951).

No es caprichoso el que muchos hombres de letras acepten encantados la lectura de cualquier libro, siquiera su interés sea escaso, y que cuando ponen ante sí, por necesidad u obligación, un texto de investigación histórica, sientan desgana de dar principio a su tarea.

Sabido es que cualquier época o cualquier personaje históricos pueden verse —orillando aquel alto recreo para el espíritu que significa el que la poesía idealice figuras, pinte escenarios o entreteja lances— desde dos ángulos: la historia novelada o la historia comprobada. Esto es, el personaje o la época como centro y, en torno a ellos, girando la fantasía; o el personaje y la época girando, fatalmente, en torno a la fecha y la circunstancia.

Allí donde la fantasía del escritor entra en juego, todo dato concreto carece de importancia. Los hechos no pudieron ocurrir así, pero son más bonitos como él los relata. Pero allí donde la investigación se impone, enseñoreándose la inexorable concreción de una fecha, el hombre ha de renunciar a todo lo que de sí buenamente pondría. El novelador histórico, de un minuto de su personaje puede darnos numerosas páginas de encanto retrospectivo. El investigador necesita, para darnos no más que la nota de un minuto, muchos días y muchos textos que consultar. El uno, creando, goza; el otro, comprobando, sufre. Resultado del primero: el que las páginas por él escritas desfilen ante vuestros ojos raudas, produciendo una sugestiva ilusión. Balance del segundo: el que os detengáis, recelosos, ante la portada de su obra.

Pero entre ambos estilos, el de pura fantasía y el de estricta realidad, hay otro que no podemos decir intermedio, porque ello sería dejarlo entre uno y otro, sino complementario. O sea: que tiene la gracia alada y la amenidad cautivadora del primero y la observancia rigurosa por el dato histórico del segundo.

Nos place, por eso, leer y aun releer— trabajos como este que llega hoy a nuestras manos, y en el que se recogen las rencillas familiares que motivaron el cam-

bio de apellido en los ascendientes de alguien de tan universal nombre como Francisco Pizarro.

Miguel Muñoz de San Pedro, conde de San Miguel, Correspondiente de la Real Academia de la Historia y autor de numerosas obras de fantasía, dadas a conocer unas y guardadas otras para su particular recreación, se ha refugiado voluntariamente en la investigación histórica, pero tras de dar a su pluma rienda suelta en el campo poético, teatral, anecdótico... De ahí que su prosa, que no vamos a encomiar por ser suficientemente conocida de los lectores de nuestra revista, fluya garbosamente donde la objetividad no permite escapadas líricas.

Y así en este *Francisco Pizarro* que comentamos, publicado en separata de la *Revista de Estudios Extremeños* que edita la Diputación de Badajoz, va estudiando, con aportación de notas que no han lugar a dudas en cuanto a la historicidad de los hechos, la cooperación de los trujillanos en los debates civiles o guerrilleros, desde que, en los tiempos del Rey Santo, prestan su brazo y su arrojo en la secular contienda contra el Islam. Nos describe las rencillas y luchas familiares entre los Altamirano, Añasco y Bejarano, tres bandos que acaban siendo dos solamente, porque los Añasco y Bejarano se unían contra los primeros. Y de cómo las primeras banderías fuéronse convirtiendo en nuevos bandos entre Pizarros y Orellanas; para encizaharse, más tarde, la lucha entre los Vargas y los Chaves.

Y de qué modo, entre todas estas contiendas, interviene, de cuándo en cuándo, el amor, haciendo que se unan elementos del uno y del otro lado, que no por eso dejan de seguir siendo enemigos, y cómo, por fin, fué gloria que más tarde habían de conquistar los Pizarro, sin que, en verdad, fuera éste su apellido.

Flota en el breve opúsculo—cuarenta y cinco páginas—, por sobre el mar de notas, la pasión encrespada de los bandos a que se alude, y sobre la rigurosidad histórica el cálido empuje de una mente creadora que, aun coartada por aquella disciplina, no ha podido restringir lo que tiene de poeta. Y, junto a la fecha que precisa, la prosa que vuela...

CÁSTULO CARRASCO

Fundaciones benéficas de la provincia de Cáceres, anteriores a 1950.

Acaba de aparecer un nuevo libro de D. Miguel Orti, «*Fundaciones Benéficas de la provincia de Cáceres, anteriores a 1950*», y aparte del autorizado y valioso refrendo que supone el haber sido premiado en Concurso convocado por las Cajas de Ahorros y Montes de Piedad de Cáceres y Plasencia, y discernido por la Real Academia de la Historia, se ha de considerar esta aportación desde un doble punto de vista: como contribución histórica considerable a los anales del extremeñismo y por su indudable carácter dogmático y aleccionador en cuanto a un momento determinado y de especial significación respecta.

El autor patentiza la singularidad de sus conocimientos, en lo que a nuestra historia—la gran historia de Extremadura en muchos aspectos aún inédita—significa, y este libro no solamente es valioso por cuanto dice, sino por lo mucho que sugiere y puede constituir excelente antecedente de muchas de las constantes históricas que produjeron un momento—en la consideración de los ciclos históricos—de indudable grandeza en el pasado extremeño. No es una exposición sistemática de documentos pacientemente habidos, por el contrario, el autor—erudito y humanista—lo mismo hace alusión al entronque histórico—y en ocasiones jurídico—de las instituciones anotadas, como exposición de otras que aún perviven más por «tradición oral» que otra cosa y que se van perdiendo—desvanecidas o difuminadas—por el discurrir de los años, en su inexorable abatimiento sobre todo aquello que como cuerpo inerte quedó vencido por una ley natural.

Se advierte en el autor una encomiable tendencia a situar las instituciones en «su época», bastándole para lograrlo con gran precisión sus observaciones—a veces de accesoriadad inquestionable—pero acertadamente ajustadas en cada caso, para dar una idea exacta del momento vivido, reflejado o relatado.

No deja de producir en el lector honda influencia—y más obligada y gozosamente si se está vinculado *vernáculamente* a estas tierras—la grandeza de Extremadura a partir del siglo XVI, que marca el cénit de la prosperidad en esta gleba, quizá parvamente dotada en muchos de los factores que normalmente contribuyen a la riqueza y a la prosperidad; y esos momentos de grandeza en el orden material

quizás sean no sólo la consecuencia de una coyuntura histórica favorable, sino que tengan su antecedente en una *providencia* espiritual de la que constituye singular y excepcional exponente este afán fundacional, que es común a los extremeños de ese *ayer* tan acertadamente evocado. Acaso la más bella manifestación de un alma grande, esté constituida por su generosidad y su altruismo para los demás, es decir, para aquellos que normalmente viven fuera del forzado ámbito donde se desenvuelven nuestros afectos, familia, vecindad, aldea, etc. ¿No es grande advertir como esos extremeños arraigados definitivamente en América, en el momento de meditar sobre el mañana—que para ellos es la eternidad—defieren todo lo que poseen en pro de los pueblos que los vieron partir con el asombro de su temeridad en sus mentes y que consideraron al aventurero como algo perdido y olvidado desde su ida? No puede haber duda de que aquí y así se intuyen los más delicados matices anímicos de esas gentes que surgidas de la nada lograron—con razón y razones—situarse en planos eminentes durante la ingente obra de la conquista.

Pasan ante el lector—con la rapidez que impone la síntesis—buen número de aldeas cacereñas perdidas en la inmensidad de su geografía—y en las que a través de estas instituciones aún perdura la llama viva, tenuemente viva a veces, de ese pasado incomparablemente glorioso. Bien cierto es aquello de que el tiempo antes vence el edificio de recia fábrica—¡son tantas las ruinas de Cáceres!—con el que se pretendió hacer físicamente imperecedero el exponente de un bienestar material, que las obras hijas del altruismo y saciadas dentro de los imperceptibles, pero tenaces, moldes de una escritura fundacional y perennizadas en un protocolo o archivo: ¡Qué aleccionadora nos resulta la *relación* del Sr. Orti a este propósito!

Ciertamente que el movimiento fundacional iniciado en el siglo XVI, ha sufrido muy serios quebrantos, y que pueden resumirse brevemente en las causas siguientes: la falta de probidad en los Patronazgos, las leyes desamortizadoras del siglo XIX y la continua desvalorización del signo monetario. Aun sobreviven fundaciones, que por azarosa excepción, escaparon de un general diezmo de las mismas, cuando se concibió el Estado como dispensador único del humano bienestar. Estas, es decir, las que conservaron el

patrimonio adscrito al fin concreto para el que fueron creadas, han de constituir en los momentos actuales el mejor ejemplo de la razón de su existencia y subsistencia.

Por el contrario, aquellas otras cuyos bienes se volatilizaron para transformarse en «*láminas*» han dejado prácticamente de existir, puesto que la fórmula ofrecida por el legislador fué tan errónea como estéril.

Nos revelan, en fin, los documentos transcritos con rigor histórico indudable, la riquísima variedad del movimiento fundacional en Extremadura (hospitales, orfanatos, capellanías, etc.), y quizá llame más la atención, la abundancia de fundaciones de carácter docente, pues constituye constante preocupación el promover y facilitar la cultura de aquéllos, que por su condición social, les era de todo punto imposible el alcanzarla. Es decir, no se limitaron los *fundadores* extremeños a hacer beneficencia en el sentido estricto de la palabra—en su concepción actual—sino que la concibieron como algo más amplio y dirigido a la redención del hombre y de su tierra, para que al estar éstos dotados de las aptitudes y elementos necesarios, pudieran en su oportunidad, continuar la obra por ellos comenzada, facilitándoles los más eficientes medios.

Quizá hoy no sea factible pretender restablecer unos «modos» similares a los evocados, aunque también debe apreciarse que no ha de ser únicamente privativo de cualquier acción de gobierno el proveer a tan amplísima gama de necesidades como en toda sociedad surgen a cada momento.

Pero sí podemos afirmar, que llega el libro que comentamos, en buena oportunidad—¡no hay duda de ello!—y de que a más de revelar con el consiguiente beneficio un pasado digno por todos conceptos de ser recordado, acaso sirva de estímulo a quienes algún día puedan perennizar su nombre—haciendo un singular, y señalado bien al prójimo desheredado—, y en definitiva a aquellos pueblos que contribuyeron a la felicidad durante su vida terrena, sentando las mejores bases para una eternidad de paz.

FERNANDO HERNANDEZ GIL



Mi costurero, por Josefina Bolinaga.

Josefina Bolinaga, en unas palabras que pueden considerarse como prólogo

de su volumen *Mi costurero*, dice a los pequeños lectores lo siguiente: «No hay arte más bello para la mujer que el arte de la costura. Cantad mientras coséis.» En tan bellas palabras se apoya la laureada escritora para engarzar las interesantísimas historietas de su obrita, relacionadas con las agujas, el dedal, el alfiler, el ganchillo, el alfilerero, el punzón, el huevo, el carrete, las agujas de punto y la tijera, objetos todos necesarios para la costura, el importante quehacer de la mujer y en el que, por ello, debe ser formada la infancia femenina.

Con buen sentido pedagógico, Josefina Bolinaga, después de cada historieta, incluye un ejercicio práctico alusivo a ésta, en el que con sus orientaciones, sugerencias y consejos formulados en forma sintética, ilustra a las niñas, sobre los objetos indicados, acerca de cuya utilidad no juzgamos conveniente insistir.

Mi costurero está destinado como libro de lectura para niñas, y en tal sentido llenará un hueco difícil en las escuelas primarias, toda vez que reúne las condiciones exigibles.



Historia de un niño español, por Joaquín A. Bonet.

Este volumen, debido a la bien cortada pluma de Joaquín A. Bonet—poeta, prosista, dramaturgo, conferenciante y, sobre todo, periodista—ha sido editado por el ilustre Ayuntamiento de Gijón, a propuesta de su Comisión de Cultura.

Contiene la historia de un niño que vivió los afanes de su Patria entre dos épocas dispares y proyecta la vida augusta del maestro que modeló el alma de aquél. *Historia de un niño español* es una novela didáctica que refleja la existencia de un muchacho—Mariano Valdés—que llegó a la escuela procedente de la calle, donde pordioseaba, para comer y también para que comieran sus padres. Había ido a pedir limosna y recibió de D. Anselmo, el maestro, la mejor de todas las limosnas: la instrucción, que ilumina el entendimiento y despierta el amor. La escuela fué su amparo, su protección, su mayor bien y su hogar.

Entre las escenas escolares que integran el libro, tenemos que resaltar, por cuanto contribuyen a la formación de la infancia, las relativas a las películas de «ganster»—con las consiguientes reflexiones del preceptor—, las exposiciones sobre el amor maternal, el sublime con-

cepto de la Patria, encarnado en el glorioso General Primo de Rivera, la de la Virgen del Carmen, patrona y guía de los navegantes, etc.

Especial atención dedica el veterano director del diario «Voluntad», de la citada y populosa ciudad asturiana, a las figuras de Pelayo, el Cid y Jovellanos, de enorme significación en la Historia de España, excelentemente glosadas, con sus proezas y patriotismo.

Bonet elogia la lengua nacional en Cervantes, culminación de los valores patrios que la cultivaron; el magno acontecimiento del Descubrimiento le inspira el poema que inserta, «El manto de la gloria», y la previsión, el alcoholismo, la vocación, la elección de carrera, la incompreensión y falta de asistencia de los padres, la influencia de la educación paterna... son temas que aprovecha para ponerlos a través del maestro al alcance de la niñez, con las sugerencias propias de un espíritu compenetrado con la misión educativa.

El germen de la revolución y persecución religiosa, los sucesos de Asturias de 1934 y el movimiento revolucionario de ésta en 1936, en el que perece inmolado D. Anselmo, con la alegría de que con él muere también su discípulo desalmado Onofre pensando en Nuestro Señor Jesucristo, motivan las páginas más patéticas de esta obra, que contiene, además, los «Papeles del Maestro», pensamientos de Jovellanos, José Antonio y del autor sobre el pueblo, la salvación del alma, etcétera.

El libro concluye cuando termina la Cruzada de España y triunfan los valores eternos—Hogar, Familia, Patria, Ejército, Religión—, cuanto exaltó D. Anselmo y dejó constancia en sus Cuadernos.

Bellamente escrita y adaptada a la psique infantil, *Historia de un niño español* nos recuerda en algunos pasajes a «El muchacho español», del gran escritor Salaverría. El novelista Alberto Insúa la compara con el «Corazón» de Edmundo de Amicis, y sostiene «que debe ponerse de texto en todas las escuelas españolas».



Hijos Ilustres de España: Isaac Albéniz,
por Angel Sagardía.

El volumen XV de la Colección de biografías «Hijos Ilustres de España», de la Editorial Sánchez Rodrigo, trata de la vigorosa personalidad de Isaac Albéniz, que difundió por toda la redondez de la tierra

la música española. Su autor, Angel Sagardía.

Caso portentoso el de Albéniz. Nos maravillamos hoy de los niños prodigios que de cuando en vez se asoman a la actualidad, porque olvidamos que Albéniz—nacido en Camprodón, provincia de Gerona, en 1860—dió un concierto de piano en Barcelona a los cuatro años de edad; que a los seis aprobó el ingreso en el Conservatorio de París, y al cumplir los ocho comenzó a intervenir en recitales por España, pasando seguidamente a América, Buenos Aires, San Francisco y otras colosales ciudades «oyeron» al pequeño genio. En 1875 regresó a España. Protegido por el Conde de Morphi, marchó a Bruselas, donde recibió lecciones del famoso Augusto Gevaert y ganó el primer premio del Conservatorio de la capital de Bélgica. ¡Qué emoción la suya al conocer a Listz, que le fascinaba! A los veinte años era un magnífico concertista y autor de admirables páginas de piano. Y su vida entera en este orden...

Compositor sinfónico, en su música—dijo el maestro Vives—hay lozanía y espontaneidad. Creador de la música española con acento universal, para que pueda ser oída y entendida en el orbe; sus composiciones son personalísimas, llenas de gracia y melodía: «Granada», «San Antonio de la Florida», «La sortija», «Pepita Jiménez», «Interludio», «Corpus en Sevilla», «Jerez», «Triana», «La real hembra», «Ivonne en visita», «Azulejos», son serenatas, zarzuelas, óperas, etc., que señalan su talento exuberante. La «Suite Ibero» es su magna producción. «Navarra», que dejó incompleta, fué terminada por Enrique Granados.

Artista cosmopolita, Albéniz vivió mucho tiempo en París y Londres y también en Madrid y Barcelona, y en tierra francesa, en Cambo Les Bais falleció en 1909; su muerte se convirtió en duelo universal y su cadáver fué trasladado a Barcelona, donde se le rindió el homenaje que merecía.

Las facetas de la existencia de Albániz, su aprendizaje, sus viajes, sus estrenos, sus triunfos, sus relaciones, su vida familiar, sus anécdotas y su óbito—cuando había esperar tanto de su genio—aparecen dibujados perfectamente por Sagardía en su libro.

Hay un aspecto en la biografía que destaca sobremanera: es el que se refiere al valor humano de Albéniz, su hombría de bien, su cordialidad, su amplia sonrisa, la acogida que dispensaba a cuantos acu-

dían a él y que Sagardía, excelentemente documentada, pone de relieve, con lo que enaltece la memoria del malogrado pianista.

El retrato del cultivador del divino arte se debe también al dibujante Solís Avila.



Las publicaciones del Departamento de Seminarios de la Jefatura Provincial del Movimiento. (Actualización de las obras clásicas de Extremadura).

Al crearse el Departamento de Seminarios en la Jefatura Provincial de F.E.T. y de las J.O.N.S., su director, el joven y conocido escritor Domingo Sánchez Loro, formuló unas enjundiosas consideraciones en torno a las tareas que iba a emprender aquél... Abundaba en la necesidad de conocer a Extremadura, realizándose para ello una activa labor cultural mediante la publicación de folletos, periódicos, libros, etc., por lo que intuía el establecimiento de una Sección de Divulgación que abarcara temas concernientes a figuras y lugares, arte y economía, política y literatura, ciencia y sociología, todo, claro es, relativo a la región, empresa que ha de verificarse, que tiene que «estar impregnada de un sentido fervoroso hacia Extremadura», pretendiendo formar un ambiente propicio alrededor de las cuestiones extremeñas.

Y Sánchez Loro, sin duda percatado de que existen en Dependencias provinciales publicaciones de tipo de literatura, de creación de autores de nuestros días, dirigió su mirada a las obras clásicas de Extremadura, que con frecuencia echamos de menos por estar agotadas. Tiéndese, por tanto, a constituir una «Biblioteca Extremeña» que recoja los documentos manuscritos, obras impresas, cuyos ejemplares escasean, trabajos sueltos, al objeto de facilitarlos, de hacerlos asequibles a quienes se sienten impulsados por un vivo deseo de adentrarse para saber y entender y mejor amar este trozo patrio.

El Departamento de Seminarios de la Jefatura Provincial del Movimiento, con un criterio claro ha de valorar adecuadamente las tareas que indicamos en orden a su utilidad y perduración.

El primer volumen de esta «Biblioteca Extremeña» es un Cuaderno que contiene la iniciación de la «Bibliografía de Extremadura», con una reseña de las obras existentes acerca de Extremadura, impresas o manuscritas. Son mil fichas que re-

quieran la continuación de las restantes confeccionadas que se mencionan para su empleo inmediato, por lo que instamos a ello a su autor Sr. Sánchez Loro, así como a dar cima a su empeño.

El segundo volumen lo compone el «Libro de la Vida y Milagros de los Padres Emeritenses», escrito en latin por Paulo Diácono, a mediados del siglo VII y sacado a la luz pública en 1633, por el erudito Bernabé Moreno de Vargas. Ha sido traducido al castellano por el mencionado Sr. Sánchez Loro, acreditándose de experto latinista. Como consigna éste, la obra ofrece la «decisiva influencia que ejerció Emérita Augusta en la integración de la personalidad hispana, convirtiéndose en vocera de la sustancia de Roma, informada por la paz de Cristo».

Sánchez Loro ha formalizado un estudio preliminar sobre Paulo Diácono y una semblanza de la Sede Emeritense, terminando con unas consideraciones acerca del importante papel de Emérita Augusta en tiempos de los bárbaros y agarenos.

Libro curioso, su mayor interés estriba en el conocimiento que facilita de la Historia de la Iglesia durante la época visigótica, poniendo de manifiesto el influjo de la Sede Metropolitana que nos ocupa—de la que dependían doce sillas episcopales—y, además, presenta a los santos Arzobispos Paulo, Fidel, Mausona—el más ínclito, que presidió el III Concilio de Toledo y del que legó López Prudencio una acabada biografía—, Inocencio y Renovato.

El «Libro de la Vida y Milagros de los Padres Emeritenses» contiene abundantes notas, muestra de la erudición y formación religiosa de su ilustrado traductor, que, a nuestro modesto juicio, ha tenido el acierto de dedicarlo al Liceo Emeritense en las bodas de oro de su fundación, institución recreativo-cultural, que puede ser calificada como ejemplar por la continuada atención que dedica a cuanto supone elevación espiritual de la capital de la antigua Lusitania, llamada por su situación a jugar un papel decisivo en el desenvolvimiento regional y nacional.

El último volumen editado por el Departamento de Seminario de la Jefatura Provincial del Movimiento, se titula «Amenidades, Florestas y Recreos de la Provincia, de la Vera Alta y Baja, en la Extremadura», siendo su autor Gabriel Azedo de la Barrueza y Porras.

Impreso por primera vez en 1667, constituyó el deleite de las gentes y Vicente

Barrantes, el insigne historiógrafo extremeño lo elogia en su «Aparato Bibliográfico para la Historia de Extremadura». La última edición data de 1881.

Magnífico canto del paraíso de la Vera, con hermosa descripción de sus gargantas y veneros naturales, frutos, poblaciones —particularmente Jarandilla—, templos, hospitales, fundaciones, etc.

Escrito con donosura, señala las excelencias de la lengua de Castilla, otorgando justa fama a Gabriel Azedo. Expone cómo el gran Monarca del Mundo, el Emperador Carlos V se retiró a «la tierra de mejor cielo, más sana, más apacible, amena y recreable que hay en toda Europa, que es la fertilísima de la Vera»; «cómo los santos Pontífices y otros Prelados y santos Diáconos de Andalucía y de otras partes se recogieron a las sierras de la Vera, huyendo de la persecución de los moros»; «cómo los griegos entraron en España»; «los hechos y hazañas del esforzado y valeroso Capitán Viriato», y trata de la historia de la Serrana de la Vera, asunto que ha servido de motivo de inspiración a numerosos escritores.

Estimamos digna de loa las publicaciones del Departamento de Seminarios, llevadas a cabo merced al patrocinio del Gobernador Civil y Jefe provincial del Movimiento, Sr. Rueda y Sánchez-Malo, siempre dispuesto a alentar y prestar su eficaz apoyo a toda obra de irradiación cultural y social, como la de la que forman parte los tres libros que hemos comentado brevemente.



Martín Alonso Pinzón. Bibliografía apasionada del gran marino de Palos de la Frontera, escrita para la juventud por Domingo Manfredi Cano.

El escritor onubense Domingo Manfredi Cano cultiva también la poesía, otea el mundo marroquí y se adentra en el campo sereno del libro.

A nuestro poder ha llegado su biografía del insigne Capitán que tanto valió a Colón en su magna empresa descubridora, escrita con «simpatía y devoción», en forma apasionada. Libro que ha de manejar la juventud, en él procura Manfredi llamar la atención sobre aspectos poco abordados de este tema.

Para centrarlo, Manfredi comienza con la exposición de antecedentes de las exploraciones marítimas portuguesas y españolas en el siglo XV, que favorecieron

poderosamente y prepararon el clima necesario para el Descubrimiento.

Se ocupa del nacimiento de Martín Alonso Pinzón, acaecido en 1440 en la villa de Palos de la Frontera, provincia de Huelva, y relaciona todos los acontecimientos de la vida de España, con su edad a medida que avanza en ésta.

Narra con agilidad y entusiasmo su infancia, transcurrida entre navegantes y relatos de sus abuelos, cómo a los treinta y tres años era famoso en la península, su ayuda a los Reyes en la guerra con Portugal, etc.

Con razón subraya el brillante escritor andaluz la importancia del viaje a Roma del nauta, y cuanto representó para aumentar sus conocimientos navales, y su preocupación por las Indias, así como sus deseos de ir a descubrirlos.

¡Qué curiosidad despierta su encuentro con Colón, la compenetración que hacían patentes! Pinzón puso en la empresa su ardor, su sabiduría, su apoyo económico y su gran ascendente para la recluta del personal que se requería.

Por ser libro para la juventud, Manfredi esclarece cuidadosa, convenientemente la intervención de Pinzón en la epopeya, y relata su mando de la nave «Pinta»—la más velera—en la que iba el marino Rodrigo de Triana, que dió la voz de ¡Tierra! en aquél inmortal 12 de Octubre de 1492, resaltando su prestigio, valor y competencia, por lo que le estima de «capitán esforzado y segunda figura del Descubrimiento».

No obstante lo expuesto, Colón tuvo un comportamiento injusto con el audaz y culto armador, no siendo consecuente con los ofrecimientos que le hizo, y Manfredi acude a los juicios, a los testimonios del historiador Fernández Duro.

El día 16 de Enero de 1493 se inicia el regreso de la expedición a España, y poco después—el 31 de Marzo del mismo año—moria Martín Alonso Pinzón. La gloria que se le regateó vanamente, se la ha restituido nuestro Caudillo con el monumento erigido en la villa de Palos de la Frontera, en su honor por la Diputación de Huelva, que fué inaugurado el día 2 de Agosto de 1945, y que tiene mucho de reivindicación del excelso Capitán colaborador eficazísimo del genial genovés.

Nos parecen muy adecuadas las observaciones, las reflexiones, las frecuentes llamadas de Manfredi a sus lectores para que obtengan el concepto cabal de la participación del héroe de Palos de la Frontera en la gigantesca hazaña, y les pue-

dan servir como elementos de juicio para discernir suficientemente siempre que se juzgue a este «hijo ilustre de España».

El libro, de buenas cualidades literarias, publicado con esmero por la Editorial Sánchez Rodrigo, pertenece a la serie «Lecturas para la juventud», contiene la bibliografía utilizada por el autor y un magnífico dibujo del navegante español, realizado con acierto por nuestro coterráneo el artista del lápiz y el pincel, Solís Avila.



España, como Unidad de destino en lo universal, por Ricardo Becerro de Bengoa.

Ricardo Becerro de Bengoa—Delegado Provincial de Excombatientes, fundador de la Asociación de Amigos de Guadalupe, escritor diligente y hombre tenaz—reune en el folleto editado por la Sección de Divulgación del Departamento de Seminarios de la Jefatura de F.E.T. y de las J.O.N.S. los escritos por él redactados, que aparecieron durante 1945 y 1946 en «La Voz de la Delegación» del Servicio de su mando, y que por cierto merecieron favorable acogida por parte de las Jerarquías del Movimiento: un ensayo para una teoría de Extremadura, dado a conocer el pasado año en Plasencia en el curso organizado por el Seminario «Pedro Trejo», en el que plantea aspectos interesantes del problema extremeño, y su recordatorio del maestro por antonomasia, el polígrafo montañés. Menéndez y Pelayo. Los escritos de Becerro de Bengoa, plenos de doctrina falangista, son combativos, apasionados, propios de su pensamiento al servicio de la región y de España.



Avila. Arenas de San Pedro y su comarca. Sierra de Gredos, por «Nazarite».

El publicista «Nazarite» (Nazario S. López) ofrece en este breve volumen una sencilla descripción de Avila—«teresiana y mística»—y las cabezas de partido de la provincia. El objeto principal lo constituye Arenas de San Pedro—que desde 1946 ostenta el nombre de ciudad—, cuya historia sintetiza el autor, reseñando, asimismo, los monumentos de mayor importancia, como el Palacio del Infante don Luis de Borbón, la Iglesia parroquial, el Castillo de D. Alvaro de Luna y otros.

Las estampas acerca de la Virgen del Pilar, de Arenas, del venerable Fr. Pedro de Ayala, ejemplar religioso dominico y

obispo que falleció en 1792 en olor de santidad, y especialmente la de San Pedro de Alcántara, Patrono de Arenas, tienen mayor interés. (No olvidemos que el reformador franciscano falleció el día 18 de Octubre de 1562 en la ciudad abulense, que guarda como la más preciada joya el Museo Alcantarino en el santuario de aquél—obra del famoso arquitecto Ventura Rodríguez—, con el autógrafo, Cruz del Rosario, Hábito y manto del Penitente, y sus reliquias, por lo cual es muy visitado).

«Nazarite», al escribir este bosquejo de su «patria chica», aprovecha para su mejor divulgación las expresiones de cuantas opiniones autorizadas y motivos pueden contribuir a su anhelo. Así consigna el juicio que merece a Marañón—clínico y humanista eminente—la dulzura de los valles templados de Arenas de San Pedro; la belleza de la ascensión a Gredos—donde los escaladores dialogan con la naturaleza. abrupta y hermosa—; la existencia de la «capra hispánica» que se exhibe en los renombrados museos de Europa...

La referencia de los pueblos de la comarca arenense y unos párrafos líricos sirven de colofón al libro que comentamos, redactado con amenidad y que contiene veinticinco ilustraciones y un croquis de las comunicaciones de la población estudiada por «Nazarite».

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS



A NUESTROS COLABORADORES

Rogamos a todos cuantos nos honran con su colaboración, que envíen sus trabajos firmados.

No basta con que indiquen al pie de ellos y en la última cuartilla, pero a máquina, el nombre y apellidos. Es absolutamente necesario, para estar dentro de la legislación que rige en la materia, que vengan firmados de puño y letra del autor.

La falta de observancia de cuanto antecede nos impondría la tarea de devolver los originales recibidos, para que en cada uno se estampara la firma del colaborador y habrán de reconocer éstos el tiempo que perderíamos, cuando tan fácil es que se nos complace en cosa tan razonable y obligada.